

## "CRISIS DEL MARXISMO": UN ANTECEDENTE FUNDADOR

JOSE SAZBON\*

I.

Hacia fines del siglo pasado y comienzos del presente, una serie de replanteos, cuestionamientos e innovaciones señalarán un momento articulador en la historia del socialismo. Tanto la conformación de la filosofía marxista como la práctica política de la socialdemocracia europea se verán afectadas por transformaciones doctrinarias de variado alcance y de dirección disímil, aunque los nuevos puntos de partida no siempre aparezcan como tales para sus iniciadores. Algunas de esas modulaciones teóricas y estratégicas son las siguientes: a) en el plano más general, la propuesta de una línea de acción acorde con la evaluación del presente social y político queda asociada a la exigencia (vista como imperativo impostergable) de una "revisión" de los fundamentos del marxismo;(1) b) entre los distintos planos de la reflexión marxista, un sector aparece redefinido tanto por su forma de integración como por la nueva funcionalidad que se le adjudica: la conceptualización de los procesos, componentes y "factores" ideológicos sufrirá una torsión de prolongados efectos;(2) c) el propio "marxismo" (denominación, por lo demás, surgida en data muy reciente) es visto como una corriente en devenir, cuyas sucesivas fases son pasibles de una inspección circunstanciada. La presente, en lo que tiene de cristalización y forma conclusa, queda abarcada por un diagnóstico impiadoso: se trata de una "crisis" que denuncia la inadecuación de la doctrina a las exigencias del conocimiento científico-social y de la práctica reformadora.(3) Si en los primeros dos casos los puntos de vista críticos se verán reabsorbidos -por una serie de enlazadas consecuencias e imbricaciones subterráneas- en la historia del pensamiento socialista, el último anticipa la vigencia de una imputación que resurgirá con intermitencia, puntuando esa

---

\* Universidad de Buenos Aires.

misma historia. Pero aunque sólo la coyuntura finisecular le dio su nombre, no se vulnera la naturaleza del fenómeno si se retrotrae su presencia a momentos anteriores; la imputación podría caracterizar, así, avatares más remotos.

En efecto, mientras el "revisionismo", lejos de agotar su contenido disruptivo en las escaramuzas programáticas del debate homónimo, permaneció, en su formalidad, abierto a las disidencias de otras ortodoxias, (4) y la teoría de la ideología llegó a prevalecer menos en su configuración originaria que en la versión modificada (5); elaborada hacia el novecientos, la concepción de la globalidad de las ideas marxistas como un conjunto dotado de una organicidad aleatoria que en determinadas coyunturas se disgrega, entra en estado de *crisis* y sólo se redime al precio de nuevas fundaciones -al menos, sectoriales- asedia episódicamente el decurso de esta corriente de pensamiento. No sería difícil mostrar que esas imputaciones surgen a un ritmo más o menos bidecenal, poniendo una y otra vez en cuestión la correspondencia entre el modo de integración del "marxismo" y una actualidad que éste sólo podría aprehender de manera deformada, insuficiente. (6) Menos fácil es definir los atributos comunes que, más allá de tal acusación genérica, poseen las repetidas denuncias de la "crisis", si bien un rasgo general de tales cuestionamientos es su desemboque en una orientación inexplorada del pensamiento marxista que, para fijar una pauta identificable, podríamos entender como *reconstrucción* de la teoría. (7)

Pero si este es el caso y el conjunto de la historia del marxismo puede ser visto como un espacio reticular densamente tramado por episodios de crisis y reconstrucciones -un movimiento, pues, carente de tendencias unilaterales de desarrollo y revelador de la continua generación de desdoblamientos reconstructivos-, la limitación de ese diseño a las "crisis" nominales del marxismo que se inician con la finisecular (sin duda la más notoria) deriva de un enfoque que ignora las recomposiciones anteriores. Dos razones explicarían ese normalizado sesgo restrictivo. Por un lado, la extemporaneidad de los términos en cuestión: "crisis" aparece en la prensa socialista sólo en 1898, introducido por el checo Thomas Masaryk (8); y "marxismo", naturalmente, es un vocablo impropio si se revierte su significación a la obra de los fundadores. (9) Por otro lado, el mismo pensamiento marx-engelsiano es visto como derivado de una matriz fundacional que ha reabsorbido sus tensiones generativas o las ha dejado atrás en el vuelco de las *coupures* que abrieron paso a su productividad homogénea. Cuando, en cambio, se fija la atención en algunas de esas tensiones, descartando los supuestos conceptualistas de la *coupure* (los cuales, en particular, no incorporan los resultados aleatorios de una estrategia política dada), (10) es posible advertir en ciertos puntos nodales de la elaboración marxiana la presencia de la misma pauta de crítica-recomposición que en la historia del posterior movimiento de ideas marxista aparece asociada a la detección de las "crisis" y sus desenlaces. (11) En lo que sigue, trataré de mostrar una situación típica -y de amplias consecuencias teóricas- en el seno mismo del *iter* marxiano: lo que se podría llamar, para abarcar los momentos cruciales en que se verifica la pauta, "la crisis de 1850".

## II.

El indicado acotamiento del análisis a un año determinado se justificará en el curso de la exposición; se trata, sobre todo, de presentar *in statu nascendi* una reorientación del pensamiento estratégico de Marx y Engels genéricamente señalada (en las panorámicas históricas) como "posterior a las revoluciones de 1848", indicando los sucesivos momentos que la conformaron y sus contenidos contrastantes. Para situar el marco general de la problemática, es conveniente recordar que los autores elaboraron hacia 1846-48 una teoría explicativa del desarrollo social y una imagen articulada de la sociedad contemporánea: la primera ha recibido el nombre canónico de "concepción materialista de la historia"; la segunda, no sólo carece de una denominación propia, sino que tampoco posee un estatus identificable en la literatura pertinente. En otro lugar hemos sugerido su intelección como "modelo puro de la sociedad burguesa".(12) Si, en su construcción, este modelo se sirve de componentes empíricos tomados de la evolución histórica (dispar) de la burguesía en Inglaterra y Francia, una vez conformado se convierte en referencia paradigmática para medir las ejecutorias de la burguesía en otros países.

De las varias dimensiones que constituyen el modelo, dos son cruciales en este cotejo. Por un lado, se trata de saber hasta qué punto los estamentos medios, la pequeña burguesía, el campesinado, inciden aún como fuerzas sociales en un campo de tensiones al que se augura abocado a la polarización característica de la sociedad moderna (el enfrentamiento, sin mediaciones, entre la clase de los expropiados productores directos y la clase de grandes propietarios de capital integrantes de una burguesía unificada). Por otro lado -y esta es una condición decisiva del tipo moderno de dominación política-, figura la cuestión de saber si el conjunto del complejo estatal está regido por la misma burguesía según la modalidad de su hegemonía exclusiva, es decir, sin la participación de otras clases que hagan valer atribuciones de poder y de riqueza propias de la supervivencia de formas sociales precapitalistas. En este sentido, la elaboración de un concepto operativo como el de "modelo puro" permite contrastar la concepción materialista de la historia, de un elevado nivel de generalidad, con los escenarios concretos en que la misma debió poner a prueba su validez en una coyuntura social y política que sus autores entendieron como propicia a inminentes transformaciones revolucionarias. Lo que está en juego, en suma, es la experimentación de un método que adjudica central relevancia a una forma acabada de sociedad (y un tipo definido de modernidad) en su pasaje heurístico a conjuntos sociales ampliamente deficitarios en los términos del paradigma. El análisis de la historia inmediata plantea a los creadores del modelo la inspección de un objeto de estudio (y de intervención práctica) conformado por sociedades que, en grados variables, son "formaciones impuras", pues se alejan, en puntos cruciales, de la configuración que, en determinados plazos, deberían asumir.

Ciertamente, toda sociedad puede ser calificada de "impura", ya que la plenitud de las dimensiones del modelo pertenece a una síntesis integrada por desarrollos

tendenciales contruidos por abstracción; no obstante, el referente más próximo al "modelo puro" y su inspiración misma durante todo el período, es la Inglaterra capitalista, mientras, por otro lado, los países donde el método buscó su aplicación -a partir de urgencias políticas- fueron la semifeudal Alemania y la Francia pequeñoburguesa: en la primera, la burguesía en su conjunto no había realizado conquistas políticas significativas; en la segunda, la fracción social realmente dominante seguía siendo la del capital financiero; ninguna de ellas estaba regida por una burguesía industrial capaz de gozar de la "hegemonía exclusiva del poder político en el Estado representativo moderno". Así, tanto Alemania (donde la revolución burguesa seguía siendo una premisa en suspenso) como Francia (donde esta revolución había tenido rasgos de ejemplaridad) se alejaban del Modelo por no cubrir el requisito principal de su dinámica: la centralidad del capital productivo en el movimiento económico, de los industriales en el bloque social dominante y de la burguesía unificada en el aparato estatal. Al llamar a esas sociedades "formaciones impuras" indicamos, a la vez, que no poseen componentes estructurales típicos y que exhiben desarrollos funcionales atípicos: distorsivos (caso de Francia) o arcaicos (caso de Alemania).(13)

Tanto en el cotejo de la actualidad histórica con el paradigma como en la asignación de roles a los agentes sociales intervinientes, hay que tener en cuenta que Marx y Engels razonan, durante el *Vormärz* alemán y luego, en oportunidad de las convulsiones políticas de 1848-50, bajo la premisa, durante cierto tiempo inflexible, de la existencia de un período revolucionario que impide la estabilización de las clases dominantes europeas y permite, en cambio, la dinamización acelerada de los procesos nacionales.(14) Al envolver al conjunto de los "países civilizados" de Europa, la onda de la revolución anticiparía el cumplimiento de los plazos y el desemboque de los procesos. En virtud de esas premisas, la lectura de la realidad política se ejerce anteponiendo a los países rezagados la imagen del modelo establecido, no porque se impute a aquéllos un calco de este último, sino bajo el supuesto de que el agente dinamizador de la transformación se hace cargo de las asincrónicas y lleva a término las tareas de clase incumplidas. (En esta lógica de aceleración social del cambio que implica la sustitución política de sus agentes se basa la teoría -y consigna- de la "permanencia" de la revolución).(15) Si las relaciones sociales más avanzadas modelan el mundo a su imagen y semejanza, la revolución tiene la misión de neutralizar los bloqueos permitiendo que la norma más avanzada despliegue sus potencialidades en el seno de una historia detenida.

Elaboradas en las vísperas del año crucial que divide en dos la historia europea del pasado siglo, la concepción materialista de la historia y la teoría de la modernidad/caducidad de la sociedad burguesa (especificada en lo que llamamos "modelo puro") comparten las expectativas y las convicciones de 1848. Pero la prueba del método residirá en la validación de sus supuestos, una vez desglosados éstos en estudios concretos (que se desdoblarán ocasionalmente en estrategias de coyuntura). En la medida en que el modelo postula una modernidad existente o virtual (pero apremian-

te), la exactitud del diagnóstico se verá problematizada por la historia efectiva: las conmociones del 48 revelarán menos el allanamiento irresistible de las condiciones esperadas que las resistencias y bloqueos que impedían su concreción. En cuanto teoría materialista del desarrollo social, la concepción de la historia de Marx y Engels propuso un método de inspección y articulación de los fenómenos sociales que conectaba la interpretación reconstructiva del pasado con la indagación prospectiva del presente. Encuadrando a esta última, el modelo puro de la sociedad burguesa exponía una síntesis de los procesos ya transcurridos de la que derivaban pronósticos sobre el desemboque de los procesos en curso, pero en el diseño de este nexo adoleció de un exceso de compacidad que el desenlace de las revoluciones del 48 dejaría al descubierto.<sup>(16)</sup> La vecindad demasiado estrecha de la concepción general y el modelo particular dificulta una adecuada discriminación de lo que se ponía a prueba en uno y en otro caso: es la "crisis de 1850" la que ilumina los nudos problemáticos de tal solapamiento y permite que desde el ángulo de aquella concepción se adviertan las fisuras del modelo.

En efecto, hay sobre todo dos cuestiones sustantivas que adquieren relieve a partir de la "crisis de 1850" y cuyo enlace recíproco es perceptible en los análisis históricos de Francia y Alemania producidos por Marx y Engels en ese año. Una es la capacidad del proletariado para la revolución social; otra, la aptitud de la burguesía para la dominación política. Las variaciones nacionales de ese enlace no morigeran la firme articulación de sus contenidos típicos, ya que en ambos casos -así como en otros- son las transiciones internas del modelo puro las que actúan como principios reguladores de la intelección. La tardía -y fallida- revolución burguesa en Alemania denuncia la impreparación obrera para relevarla, del mismo modo que la prematura revolución obrera en Francia anticipa el fracaso de la propia burguesía en la dirección del Estado. Desde 1850, cada una de las entrelazadas situaciones de clase será objeto de una atención más dilatada, receptiva a las modificaciones de largo plazo, y dará lugar a una observación más inmune a las fulguraciones de coyuntura. La contrapartida de esta reserva tiene su expresivo emblema en el "retiro al estudio"<sup>(17)</sup> que practica Marx durante el siguiente decenio y que se traducirá productivamente en la *Contribución a la crítica de la economía política* y los trabajos preparatorios de *El Capital* (y junto a esas obras, desde luego, los desarrollos compendiados en los *Grundrisse*).

Las dos cuestiones mencionadas, pues, se afirman como problemáticas en el año de la "crisis", y en la superación de esta última convergerán tanto una utilización más crítica del método materialista (a partir del acopio de datos empíricos de historia económica y de una asimilación más penetrante del *instrumentarium* de la economía política) como una decidida reconsideración de la prognosis de la actualidad política y social (mediante un examen más equilibrado de las condiciones reales en que se desenvolvían los procesos alemán y francés). En un ejemplo de esa convergencia, la derivación metódica y el orden de determinación de los fenómenos quedan claramente expuestos en una evaluación de coyuntura cuando, al hablar del pánico

financiero que estalla en París después de la revolución de Febrero y se extiende al continente contemporáneamente a las revoluciones allí producidas, Marx se preocupa de señalar y enfatizar el orden inverso de causación. Si las revoluciones inciden en una desorganización del mundo de los negocios, mayor aún es el impacto de las crisis sobre las relaciones sociales: "en todo caso, no cabe ninguna duda de que la crisis comercial contribuyó a las revoluciones de 1848 infinitamente más que la revolución a la crisis comercial".(18)

Interesa mostrar el cambio que durante 1850 sufren las expectativas de Marx en cuanto al estallido de las crisis comerciales (particularmente en Inglaterra), porque ellas tienen relación directa con su apreciación de la marcha de los acontecimientos políticos. Además, desde el punto de vista de este enfoque, centrado en el corte que significa el año 1850 en la evolución del pensamiento teórico de Marx, una periodización biográfica y textual pondrá de manifiesto la gestación del giro marxiano y los términos contrastantes que enmarcan lo que hemos llamado, analógicamente, la "crisis" inaugural del marxismo.

### III.

Podemos distinguir tres subperíodos en el marco del año de referencia: el inicial, hasta mediados de 1850; uno intermedio, que se sitúa hacia julio y agosto; y el restante que, concluyendo a fines de ese año de acuerdo a la focalización que nos ocupa, prolongará sus contenidos más allá de tal límite.

1) El tramo que abarca los meses de enero a junio es una fase de sostenida expectativa en el estallido de la nueva crisis y en la consiguiente vitalización de las posibilidades revolucionarias. En enero-febrero, Marx y Engels escriben para la recién fundada *Neue Rheinische Zeitung* (en su nueva serie) la "Reseña" de acontecimientos mundiales correspondiente a esos meses. En Francia -afirma el artículo-, existe un fermento revolucionario análogo al de febrero de 1848; la diferencia es que ahora los trabajadores tienen las ideas más claras y, por otro lado, el mismo campesinado ("clase políticamente muerta hasta el presente") ha sido arrastrado al movimiento. La burguesía dominante cree necesario abolir cuanto antes el sufragio universal y en esa necesidad se apoya, a su vez, "la certeza de una rápida victoria de la revolución, aun prescindiendo de lo que ocurre en el extranjero".(19) En Inglaterra -continúa la reseña-, la recuperación y el impulso de la industria son tales que los industriales aseguran no haber gozado nunca de un período tan bueno; ésa, piensan los autores, es una "afirmación típica en vísperas de una crisis".(20) En realidad, dadas las colosales fuerzas productivas que se van agregando a las ya acumuladas, pronto los mercados estarán saturados "y se difundirá el 'panic' tanto en la producción como en la especulación, quizás al terminar la primavera, o a más tardar en julio o agosto".(21)

El punto decisivo es que esa crisis, por coincidir con las grandes colisiones que se producirán en el continente, tendrá frutos mayores que la anterior. Así como hasta

ahora cada crisis fue "la señal de un nuevo progreso" y representó nuevas victorias de la burguesía industrial sobre la propiedad territorial y la burguesía financiera, la próxima "señalará el comienzo de la revolución inglesa moderna, revolución en la que Cobden desempeñará el papel de Necker".(22) Esta última alusión a la Revolución Francesa del 89 reaparece, en la misma "Reseña", a propósito de un escenario inesperado: China, donde la intrusión brutal de las mercancías inglesas, con la consiguiente ruina de los artesanos nativos, ha creado una situación que presagia una "violenta revolución", por lo que no sería de extrañar -agregan burlescamente los articulistas- que "en su inminente fuga a través de Asia" los reaccionarios europeos se topen con esta leyenda inscrita en la arcaica muralla china: "République chinoise. Liberté, Egalité, Fraternité".(23)

Durante los mismos meses, Marx redacta el primer artículo de la serie luego conocida como *Las luchas de clases en Francia*, donde afirma que el próximo levantamiento proletario coincidirá "directamente con una guerra mundial"; esta nueva revolución estará obligada a abandonar de inmediato el marco nacional y a conquistar el terreno europeo. Como, para tomar esa iniciativa, ya la derrota de Junio (1848) creó "todas las condiciones", Marx puede exclamar con confianza: "¡La revolución ha muerto! ¡Viva la revolución!".(24)

En marzo, Marx y Engels redactan el *Mensaje* del Comité Central a la Liga de los Comunistas, uno de los puntos más altos de su confianza en el próximo desenlace de la situación en Alemania y su adhesión más nítida a la estrategia de la "revolución permanente".(25) Ahora, "cuando es inminente una nueva revolución", el partido obrero debe fortalecer su independencia de clases mientras acompaña, con renovada vigilancia, el impulso combativo de la democracia pequeñoburguesa. Sostenerla e impedir su consolidación hegemónica: esa es la tensión que prescribe el *Mensaje*, ya que al hacer que "la dominación de los demócratas burgueses lleve desde el principio el germen de su caída" se acelera su posterior sustitución por el poder proletario. Aunque se prevé un "prolongado desarrollo revolucionario" hasta que los obreros alemanes alcancen el poder e impongan sus intereses de clase, desde una perspectiva europea encontrarán un sólido apoyo en el "triumfo directo de su propia clase en Francia". Ese será el "primer acto del drama revolucionario", durante cuyo posterior transcurso, para los obreros alemanes el "grito de guerra ha de ser: la revolución permanente".(26)

Contemporáneamente, Engels concluye su texto *Campaña por la Constitución en Alemania* sobre las insurrecciones y batallas en las que participó personalmente. Entre las importantes enseñanzas de la campaña, figura la maduración de conciencia de los obreros y campesinos, quienes "en la próxima insurrección actuarán de modo de ser ellos y no los pequeños burgueses quienes tendrán la dirección". Lo cierto es que la campaña sirvió para simplificar la situación: a partir de ahora, la victoria sólo podrá ser de la monarquía burocrático-feudal o de la "verdadera revolución" y en Alemania esta última no concluirá cabalmente si no conduce a la "dominación total del proletariado".(27)

En el mismo mes de marzo, Marx concluye el segundo artículo de *Las luchas de clases* y redacta el tercero, donde insiste en que el desemboque necesario de esos conflictos en Francia será una colisión a escala mundial; y cuando esa guerra entre naciones lleve al proletariado "a dirigir al pueblo que domina el mercado mundial, a dirigir a Inglaterra", la revolución hallará, finalmente, "su comienzo organizativo". (28)

Precisamente de la misma conexión internacional y de las posibilidades de la revolución en Inglaterra se ocupa la siguiente "Reseña" de la *Neue Rheinische Zeitung*, que abarca los meses de marzo y abril. Manifestados ya los primeros síntomas de la crisis comercial, coincidente esta vez con una crisis agrícola y una crisis industrial, cuyos peligrosos efectos se potencian por las contemporáneas convulsiones en el continente, las próximas "revoluciones asumirán, por el efecto de la crisis inglesa en el mercado mundial, un carácter mucho más marcadamente socialista". (29) En la propia Inglaterra, los industriales "asumirán el poder político... en condiciones tales que abrirán al proletariado las puertas del parlamento, harán que sus reivindicaciones estén a la orden del día en la Cámara de los Comunes e introducirán a Inglaterra en la revolución europea". (30) Si bien una postdata al artículo, escrita a última hora, admite un mejoramiento de los negocios, calificado repetidamente de "momentáneo", (31) se juzga que el mismo sólo puede postergar escasamente el desarrollo de la crisis. Esta confianza en el pronóstico se ratifica en la conclusión de la nota: "la coincidencia de crisis comercial y revolución.... es cada vez más inevitable. Que les destins s'accomplissent!". (32)

En abril, esa misma coincidencia es destacada por Engels en un artículo donde comenta "La ley inglesa de las diez horas" y su reciente abolición, la cual -piensa el autor-, contribuye a abreviar la época de prosperidad y a acelerar la crisis. Ahora bien, "lo que acelera la crisis, acelera también el proceso de desarrollo inglés y su objetivo más inmediato, es decir el derrocamiento de la burguesía industrial por parte del proletariado industrial". (33) Para Engels es "evidente" que los industriales ingleses han desarrollado sus medios de producción con una expansividad desproporcionada respecto a las posibilidades de venta, y que este despliegue anormal de las fuerzas productivas hará desaparecer completamente el período de prosperidad que todavía separa a una crisis de la siguiente. La industria, el comercio y toda la sociedad moderna estarían así destinados a derrumbarse, por el exceso de "fuerza vital inutilizable" y por la completa "destrucción orgánica", sino fuera que esta anormal situación lleva en sí misma su propia salvación, porque el desarrollo industrial produjo también la única clase que en esas condiciones podrá asumir la conducción de la sociedad: el proletariado. "Entonces la revolución proletaria será inevitable, y su victoria, cierta". (34)

También en abril, Marx y Engels toman parte en la fundación de la "Sociedad universal de comunistas revolucionarios", que agrupa a la Liga que dirigen, a los blanquistas franceses exiliados en Inglaterra y, de este último país, a la fracción revolucionaria de los cartistas. El primer artículo del acta constitutiva conforma el corolario de los ya citados pronósticos nacionales: "el fin de la asociación es el



derrocamiento de todas las clases privilegiadas y su sumisión a la dictadura del proletariado, durante la cual se mantendrá la revolución en permanencia hasta que se haya realizado el comunismo, última forma de organización de la familia humana".(35)

En junio, un nuevo *Mensaje* del comité central a los miembros de la Liga pasa revista a la situación de los círculos en los distintos países y termina exhortando a "todos los miembros a estar lo más activos posible, especialmente ahora que la situación es de tal tensión que el estallido de una nueva revolución no puede tardar mucho".(36) Es la última exhortación de ese carácter.

2) El carácter "intermedio" del siguiente tramo de la actividad de Marx y Engels durante 1850 -tramo que abarca los meses de julio y agosto- se debe a su posición articuladora entre el momento de auge de las expectativas revolucionarias (que supone una imagen determinada del desarrollo de las clases y una evaluación de la madurez alcanzada por las fuerzas sociales a las que se atribuye la iniciativa) y el momento posterior de la reconsideración del diagnóstico. Es un momento de reflexión y estudio que sentará la base de las ulteriores intervenciones estratégicas de Marx y Engels.

En junio, Marx había obtenido acceso permanente a la sala de lectura del British Museum, (37) que tan servicial le resultaría en los años siguientes para sus estudios de economía. En julio, inicia un estudio pormenorizado de la historia económica de los últimos diez años. Desde ese mes hasta setiembre, revisará sistemáticamente los números atrasados del *Economist*, que incluyen detallada información sobre el cambiante estado de los negocios durante los años transcurridos. Además, se concentra en el estudio de dos obras que tratan especialmente los problemas inmediatos que le interesan: la *Historia de los precios y del estado de la circulación entre 1839 y 1847*, del economista librecambista Thomas Tooke, y *La crisis comercial de 1847-1848*, del economista y periodista David Evans. Esas tres fuentes serán la base en que se fundarán sus apreciaciones en la siguiente "Reseña" para la *Neue Rheinische Zeitung*. La conclusión central era que la prosperidad industrial que se venía acentuando progresivamente desde 1848 estaba ya en pleno florecimiento y constituía una fuerza vigorizadora para la reacción europea. Eso significaba que cualquier expectativa revolucionaria estaba destinada a frustrarse.

En julio, Marx escribe a Röser, un miembro de la Liga en Colonia, y le expresa su opinión de que no se llegará al comunismo hasta muchos años después, enfoque presente también en sus conferencias ante auditorios obreros.(38) Esta apreciación equilibrada y fundada, en la que se traslucían sus concienzudos estudios y una captación realista del estado organizativo del proletariado, enfrentará a Marx con otros miembros de la Liga proclives a un entusiasmo irreflexivo. Se delinea así el contraste entre Marx, el estudioso y el teórico, y los hombres "prácticos" -su antagonista Willich, por ejemplo-, que no frecuentaban las bibliotecas eruditas y desdeñaban las discusiones teóricas; para éstos, que se desentendían de los datos objetivos de la realidad económica, la revolución siempre estaba a la orden del día.

La sucesión de *fases* revolucionarias -que supone una pluralidad de clases con sus "tiempos" históricos propios- era una idea absurda para los militantes "prácticos", aferrados a un esquema simplificado de opresores y oprimidos que adjudicaba a los revolucionarios la opción entre la "audacia" (para encabezar a los segundos) o la "traición" (que los hacía cómplices de los primeros). Por lo demás, la opinión de Marx sobre los "conspiradores profesionales" que trabajan a espaldas de la situación objetiva para fomentar revoluciones artificiosas, ya había sido expuesta unos meses atrás, en oportunidad de la recensión del libro de A. Chenu *Les conspirateurs*: "Se comprende que estos conspiradores no se limitan a organizar al proletariado revolucionario. Su objetivo consiste en anticipar el desarrollo del proceso revolucionario, en llevarlo artificialmente a una crisis, en improvisar la revolución sin que existan sus condiciones. Para ellos, la única condición es que su conjura esté suficientemente organizada. Son los alquimistas de la revolución, y comparten con los antiguos alquimistas la confusión mental y la obtusidad de las ideas fijas".(39) La ruptura entre unos y otros -los partidarios de Marx y los de Willich- estallaría en los meses siguientes.

3) El último tramo de la periodización esbozada -que comprende los meses de setiembre a diciembre- puede ser caracterizado como un período de abandono de la expectativa revolucionaria, de ruptura partidaria y de perdurable concentración en el estudio. En setiembre (durante la tensa reunión del día 15), Marx expone abiertamente en la Liga -apoyado por Engels y otros- sus ideas sobre la situación y su convicción de la imposibilidad de continuar trabajando asociados quienes sostienen enfoques opuestos. En su discurso, marca expresivamente el contraste de las dos posiciones: "La *voluntad* se pone como factor fundamental de la revolución, en lugar de las relaciones reales. Mientras nosotros decimos a los obreros: aún deben superar 15, 20, 50 años de guerras civiles para cambiar las condiciones y hacerse ustedes mismos capaces de asumir el poder, ellos dicen: debemos asumir el poder *inmediatamente* o de lo contrario imos a dormir... La frase de la revolución sustituye al desarrollo revolucionario real".(40) En una segunda intervención, Marx hace explícitos algunos puntos de su posición, teniendo a la vista el ejemplo de Francia, donde la revolución de Febrero condujo a la participación obrera en el gobierno: "si el proletariado asumiese el poder, no adoptaría medidas directamente proletarias, sino *pequeñoburguesas*. Nuestro partido podrá asumir el poder sólo cuando las condiciones le permitan poner en práctica *sus* ideas. Louis Blanc representa el mejor ejemplo de lo que se puede hacer cuando se llega demasiado pronto al poder".(41) Y lo que se puede hacer es una política heterónoma: la adopción, en efecto, de medidas propias de *otras* clases, de acuerdo a la composición social de las fuerzas de mayor peso en el gobierno (en Francia, campesinos y pequeños burgueses). Se consuma, así, la ruptura de la Liga.

En octubre, Marx y Engels componen para la *Neue Rheinische Zeitung* la "Reseña" de los acontecimientos producidos entre mayo y ese último mes. Allí exponen circunstanciadamente la situación económica de los años recientemente

transcurridos (apreciación basada en la compulsiva de fuentes del British Museum) y concluyen en que la fase de prosperidad que atraviesan Inglaterra y el continente aún se prolongará bastante tiempo. Ya no es posible aguardar la crisis para los próximos meses (como había hecho Marx durante la primera mitad del año) y sólo cabe esperar la finalización del presente ciclo económico. No habrá revolución hasta que se actualice la crisis, pero ella "es tan segura como ésta". En la parte final de la reseña -consagrada a los acontecimientos políticos-, no se ahorran dardos a los demócratas pequeñoburgueses de la emigración, también proclives a confiar absolutamente en la organización para desencadenar el estallido revolucionario. Marx glosa sarcásticamente el manifiesto de los emigrados: "¿Por qué la revolución no ha triunfado hasta ahora? Porque la organización de la fuerza revolucionaria era más débil. Este es el primer decreto del gobierno provisional de la emigración. [Ahora bien,] ese inconveniente se debe eliminar con la organización de una secta de creyentes y la fundación de una religión". Los demócratas emigrados prescinden de la lucha de clases, de sus condiciones y de "sus respectivas fases de desarrollo". Confunden la revolución con la caída del gobierno existente, pues, para ellos, "alcanzada esta meta, se ha obtenido 'la victoria'"; de ahí su febril espera del "gran día" en el que se decide súbitamente el futuro.(42)

En octubre, otra ruptura, esta vez con los blanquistas del exilio, asociados de la Liga en la "Sociedad universal". Esta Sociedad, escriben Marx y Engels en carta a aquéllos, "hace tiempo que la consideramos disuelta de facto. Lo único que falta hacer es destruir el acta constitutiva": para ello invitan a los blanquistas a concurrir el domingo próximo a casa de Engels, "con el fin de asistir a la incineración del acta".(43)

Durante todo ese tiempo, Marx ha seguido concurriendo al British Museum, donde estudia diversos textos sobre la historia de la moneda y los metales preciosos; hacia fin de año acomete *On the principles of Political Economy and Taxation*, la gran obra de Ricardo. En adelante, desde comienzos de 1851, escribirá asiduamente a Engels consultando su opinión sobre los problemas teóricos precisos que plantea su estudio (entre ellos, la teoría de la renta territorial en Ricardo, de la que esboza una crítica).(44) Engels, por su parte, lo apremia a concluir y publicar la *Economía* en que estaba trabajando. En efecto, Marx estima que en pocas semanas más terminará su investigación específicamente económica y podrá dedicarse, en el British Museum, al estudio de otra ciencia.(45) De hecho, esta ilusión se disipará y Marx trabajará más de quince años en la preparación de esa "Economía" que sólo hará conocer parcialmente en lo sucesivo. Publicará en 1859 la *Contribución a la crítica de la economía política* y en 1867 el primer libro de *El Capital* (sobre el "proceso de producción del capital"), mientras permanecerán inéditos e inacabados los restantes libros (que Engels y Kautsky darán a la imprenta, con una ordenación propia) e inpublicado hasta este siglo el portentoso "borrador" que precedió al conjunto (*Grundrisse*, 1857-58).

En cuanto a la actividad política en este período, la posición de ambos amigos

es de prescindencia respecto a las corrientes que aún se atarean en preparativos revolucionarios. Por el momento, piensan, lo importante es consolidar *intelectualmente* la propia posición, para lo cual es urgente publicar lo que llaman "nuestras cosas", ya sea en una revista trimestral o en "gruesos volúmenes".(46) De allí las repetidas exhortaciones de Engels a Marx y, también, luego, la resistencia de éste a entregar a la imprenta algo que no estuviese cuidadosamente meditado y comprometiese su convicción. De todas maneras, esa era la labor que tenía por delante, mientras que la excitación de las vísperas revolucionarias en la que había estado sumergido durante gran parte de 1850 correspondía, ya, a un período cerrado. En una evaluación retrospectiva hecha algunos años después, mostrará las dos caras del fenómeno. La razón inmediata del fracaso residía en que el movimiento se estrelló contra una estructura consolidada: "las llamadas revoluciones de 1848 no fueron sino incidentes menores, ligeras fracturas y fisuras en la dura corteza de la sociedad europea". Pero, por otro lado, su valor debía juzgarse por el significado anticipatorio que poseyeron: "ruidosa y confusamente [noisily and confusedly], proclamaron la emancipación del proletariado, es decir el secreto del siglo diecinueve y de la revolución de este siglo".(47)

#### IV.

A lo largo de 1850 encontramos, pues, todos los elementos del antes y el después de la reformulación perdurable que Marx imprime a sus expectativas revolucionarias y a la dirección de su trabajo teórico, uno y otro aspecto, por lo demás, entrelazados en el tema de las crisis económicas y sus condiciones estructurales. En octubre de 1850, después de afirmar que "una nueva revolución sólo es posible como consecuencia de una nueva crisis", Marx advertía que cuando las fuerzas productivas se desarrollaban plenamente dentro del marco fijado por "las condiciones burguesas, no puede ni hablarse de una verdadera revolución".(48) La posibilidad de esta última quedaba confinada a "aquellos períodos en que esos dos factores, las modernas fuerzas productivas y las formas burguesas de producción incurren en mutua *contradicción*". Luego de la conspicua fase de investigación iniciada con el "retiro al estudio" consiguiente al reflujo revolucionario apreciado a fines del 50, la inspección teórica de los determinantes más generales fijará la atención en un escalón más alto. En *El Capital*, declara su autor en el prólogo de julio de 1867, no se consideran "los antagonismos sociales que resultan de las leyes naturales de la producción capitalista. [Aquí] se trata de *estas leyes mismas, de esas tendencias que operan y se imponen con férrea necesidad*".(49) Las crisis serán una de tales tendencias, y Marx estará siempre al acecho de sus signos precursores (a veces, en conexión directa con la elaboración de la teoría económica básica),(50) pero no volverá a suscribir con el mismo énfasis la correlación del año 50 según la cual "una nueva revolución... es tan segura como [una nueva crisis]".(51)

Decíamos antes que en el transcurso del año mencionado se afirman dos

cuestiones sustantivas en el pensamiento de Marx y Engels. La primera se refiere a la capacidad del proletariado para la revolución *social*. Las menciones que acabamos de hacer a propósito de la discusión en el seno de la Liga ilustran su punto de vista, según el cual aun una revolución política exitosa es insuficiente para hacer prevalecer los intereses verdaderamente proletarios (es decir, los que adjudica a esta clase el Modelo Puro) si en la sociedad en cuestión no se han efectuado las tareas propias de las clases intermedias. El riesgo de llegar prematuramente al poder cuando la estructura social denuncia la presencia mayoritaria de clases que reivindican la defensa de la propiedad privada (aunque lo hagan frente al gran capital que las oprime) es que, en esas condiciones, el gobierno revolucionario deberá inclinarse por la adopción de una política *heterónoma* respecto a los intereses del proletariado. Complementariamente, esa heteronomía existirá también en el campo político, ya que el partido no habrá tenido oportunidad de desarrollarse como autónomo en un campo de fuerzas en el que se dirimen cuestiones diferentes a la disputa entre el capital y el trabajo (en un sentido acorde con la inconclusión y distorsión de las formaciones impuras).

Eso significaba que, aun poniéndose a la cabeza de la lucha, el proletariado no podía ignorar que lo dirimido en las revoluciones democrático-burguesas no era la inminencia de su propia dominación, sino la de las postergadas clases aliadas, que debían preparar el terreno a la suya despejándolo de impurezas, resabios y bloqueos. De allí que Marx y Engels le reconocieran un turno al liberalismo, y que presenciaran con recelo la maniobra envolvente contra él que preparaba Bismarck con el presunto (y luego demostrado) apoyo de Lassalle, el organizador del sindicalismo alemán. De allí también que toda la entusiasta adhesión al levantamiento obrero y democrático de la Comuna de París no le impidió a Marx reconocer que "la mayoría de la Comuna no era ni podía ser socialista en ningún sentido" y que, dadas las condiciones, hubiera sido más útil "al conjunto del pueblo" lograr un compromiso con los versalleses, "que era lo único que en ese momento podía obtenerse".(52) Se entiende, entonces, que en el resto de su vida la oposición al catastrofismo revolucionario o a las tácticas conspirativas de minorías audaces (por ejemplo, los bakuninistas) se mantuviera dentro de su misma línea de vigilancia al desarrollo objetivo de las condiciones estructurales y de apego al desarrollo subjetivo de la conciencia de clase.

La otra cuestión mencionada requeriría un pomenorizado estudio independiente. En efecto, en *Las luchas de clases en Francia* se insinúa lo que *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* tematizará claramente: la renuncia de la burguesía a gobernar y regir su propio Estado. La distancia entre la dominación social ya alcanzada y la dominación política efímera o claudicante (como lo demostró el irresistible golpe de Estado del sobrino de Napoleón) hacen ver una burguesía muy distinta de la que glorificaba funeralmente el *Manifiesto*. El Modelo Puro concibe una burguesía unificada en sus fracciones, hegemónizada por los capitalistas industriales y rectora de su propia "junta de administración" de los negocios comunes, el Estado moderno. Concibe, pues, una dominación *uniforme* cuyo ejercicio es homogéneo en las esferas

de la sociedad civil y de la representación política. Pero lo que las formaciones impuras exhiben es la *disociación* del dominio: una sociedad modelada y estructurada por el régimen de la propiedad y la distribución burguesas no tiene su réplica en la afirmación de la burguesía como *clase* dominante en el Estado. Francia muestra esa situación en dos fases sucesivas: con el "rey burgués" no dominaba la burguesía francesa sino, dice Marx, "una fracción de ella... la llamada *aristocracia financiera*".(53) Y más adelante, si la República de Febrero debía "completar la dominación de la burguesía, incorporando a la esfera del poder político... a todas las clases poseedoras", (54) muy pronto el esbozo de la hegemonía conjunta se diluye en el enfrentamiento de las parcialidades, y así un militar aventurero (pero votado por la masa de la nación) puede desplazar, secundado por su pandilla, al contingente de políticos burgueses "orgánicos".

En *Las luchas de clases*, Marx indica los riesgos del universalismo republicano: la Constitución otorga el poder político, mediante el sufragio universal, a las clases cuya sumisión social debe garantizar, y correlativamente, a la clase cuyo poder social sanciona la priva de las garantías políticas para ejercerlo.(55) En *El 18 Brumario* mostrará cómo la burguesía temía empuñar su propio poder, y por eso desconfiaba de sus propios representantes: era su interés material el que le imponía deshacerse del manejo del Estado y abandonarlo en manos de un dictador que preservase las condiciones generales del orden social requeridas para la tranquilidad de sus negocios. Según la fórmula nítida del libro, con el fin de "mantener intacto su poder social tiene que quebrantar su poder político".(56) Para apreciar en todos sus alcances esta evaluación del desempeño de la burguesía en una "formación impura", recordemos los atributos que le adjudica, en cambio, el Modelo Puro tal como éste prevalece antes de la "crisis de 1850".

Un supuesto básico de ese modelo es el carácter no problemático de la hegemonía burguesa. Esto significa que el control burgués de la producción y el cambio encuentra su necesaria réplica en el control, por la misma clase, de las instituciones político-estatales. En los términos de la distinción (y conexión) entre la esfera de la sociedad civil y la esfera del poder del Estado, la unificación de la burguesía en la primera de ellas no puede no implicar su unificación en la otra: el dominio de clase es indiviso y articulado. Pero a su vez el dominio no debe entenderse en un sentido puramente genérico o funcional: son los representantes de la clase surgidos de su seno (en virtud, asimismo, de una división del trabajo interna a ella)(57) los que ejercen la dominación y preservan sus condiciones.

La concepción materialista de la historia muestra esa correspondencia (que el Modelo fija para la sociedad moderna) como el resultado típico de las revoluciones burguesas. En esencia, estas revoluciones constituirían la fase final del proceso de adecuación superestructural de aquellas sociedades en las que las formas burguesas de producción, apropiación e intercambio, en expansión creciente, hacen insostenible, antifuncional e "intolerable" el poder político decreciente de los feudales y el imperio torpe del absolutismo. La burguesía, que ha ido arrancando una concesión tras otra

a un Estado debilitado por la presión de intereses sociales antagónicos, derriba ese Estado e instaura el suyo propio, en concordancia con su exclusivo interés *general* de clases.

Es en este punto donde el paradigma instala la mencionada equivalencia de alcance generalizador: luego de hacer triunfar su revolución y suprimir las "trabas" que la limitaban, la plena dominación social de la burguesía se duplica (o se desdobra) en su plena dominación política. Puesto que ya se ha constituido como clase en la lucha contra los feudales, la burguesía, sujeto social y político de la transformación, instala más o menos rápidamente su hegemonía exclusiva en el Estado. Las dos formas de dominación (una referida a su apropiación de las condiciones de producción y cambio, y otra, a su conquista de los aparatos del Estado -con la consiguiente centralización y modernización de este último-) coinciden y se responden una a la otra. El Modelo Puro, que aglutina los rasgos de la sociedad burguesa emergente, no contempla, pues, la disociación del dominio ya que considera a este último unificado por la historia anterior.

Ahora bien, desde *El 18 Brumario* (con su antecedente embrionario en *Las luchas de clases*) se hace cada vez más notoria la existencia de un rasgo atípico si tomamos como referencia el "modelo puro". En Francia, para seguir con el caso paradigmático, la revolución política de la burguesía no le permitió a ésta sostenerse en el poder; después del largo interludio imperial y monárquico (durante el cual su creciente dominación social tuvo una correspondencia imperfecta, distorsionada e incompleta en los aparatos estatales), la República la sumerge en las impasses que *Las luchas de clases* comenta, para luego hacerla recaer en otra dictadura imperial que vuelve más patente su incapacidad para alcanzar el poder político y sostenerse en él. Las páginas de *El 18 Brumario* son, en ese sentido, clásicas. Varios años después, la defección francesa tendrá su réplica ampliada en la (recurrente) defección alemana. El bismarckismo, en algunos aspectos similar al bonapartismo, presentará la combinación de crecimiento económico y desarrollo industrial enmarcados por una configuración de poder estatal con fuertes componentes burocráticos-feudales: la burguesía seguía postergada en su turno histórico. Y si en 1850 Marx y Engels todavía podían hablar de la "traición" de los liberales al pueblo para englobar el comportamiento de la burguesía en la revolución alemana,<sup>(58)</sup> veinte años después el juicio es más desencantado y definitivo: en Prusia, es "la masa de la burguesía" la que "no quiere gobernar";<sup>(59)</sup> en Austria, el resultado no es disímil: esta burguesía "no sabe dominar, es impotente e incapaz de hacer nada".<sup>(60)</sup>

¿Y en Inglaterra, formación más próxima al Modelo Puro? Aquí, piensa Marx en 1855, la burguesía obtuvo el *reconocimiento* político de clase dominante, "pero sólo a condición de que toda la esfera de los asuntos de gobierno, bajo cualquier aspecto, incluyendo el poder ejecutivo que deriva del poder legislativo, fuese patrimonio exclusivo de la aristocracia territorial".<sup>(61)</sup> Y esta opinión que desvaloriza la dirección burguesa del Estado inglés no es coyuntural, sino que, en distintos modos, se mantiene en años posteriores. Hacia 1892, Engels juzga que "en Inglaterra, la

burguesía no ha ejercido jamás el poder indiviso"(62) y, en el mismo texto, llega a considerar incluso "una ley del desarrollo histórico" que la burguesía "no pueda detentar en ningún país de Europa el poder político, al menos durante largo tiempo" con el mismo exclusivismo con que lo hizo la aristocracia feudal durante la Edad Media.(63) Juicio, en verdad, anticipado ya en 1870 en otra generalización exactamente *inversa* a la del *Manifiesto* (y, por tanto, a la del "modelo puro"). En el prefacio a la reedición de *La guerra campesina en Alemania*, Engels identifica como "particularidad" de la burguesía respecto a todas las demás clases dominantes del pasado el hecho de que en su desarrollo existe "un punto de viraje" alcanzado el cual "todo aumento de sus medios de poder, y por tanto de sus capitales en primer término, tan sólo contribuye a hacerla cada vez más incapaz para la dominación política".(64) Ciertamente, ese punto de viraje es aquel en que, expandido el contingente obrero por el mismo desarrollo de la burguesía, ésta comienza a advertir "que su inseparable acompañante, el proletariado, empieza a sobrepasarla".(65) Pero esas circunstancias no habían atenuado, antes de 1848-50, la apreciación marx-engelsiana sobre la posibilidad y la necesidad de aquella fase en que la burguesía detenta la "hegemonía exclusiva en el Estado representativo moderno", mientras que ahora, en esta reconsideración tardía, lo que se postula es que esa clase, en tales coyunturas, "pierde la capacidad de ejercer la dominación política exclusiva"(66) y resigna la función histórica que le cabía.

Por último, se puede preguntar, a propósito de la restricción geográfica de Engels en cuanto a las falencias burguesas: si no pudo mantenerse en el poder político en Europa, ¿dónde la burguesía habría ejercido perdurablemente esa dominación? La respuesta es que ella "sólo ha sido posible en países como Norteamérica, que nunca conocieron el feudalismo y donde la sociedad se ha construido desde el primer momento sobre una base burguesa".(67) Ahora bien, desde la perspectiva del modelo puro ésta es una conclusión paradójica, pues el modelo caracteriza a la dominación política burguesa como una *conquista* largamente preparada (y rematada por las revoluciones de esa clase), no como un resultado natural de la implantación del capitalismo en un medio social carente de resistencias y tradiciones antagónicas.

Así pues, luego de la elaboración del modelo puro de la sociedad burguesa y, particularmente, después de la "crisis de 1850", Marx y Engels estudiaron las luchas sociales -y el carácter de sus protagonistas- en una serie de países que, en distinta medida y en diferentes aspectos, se alejaban de algunas premisas centrales de ese modelo. Cuando tomaban a este último de referencia, se ocupaban de señalar tanto el aspecto histórico-concreto de las contradicciones reales que percibían, como el carácter típico-tendencial de las contradicciones que deberían sustituirlas para acercarse a las formas puras. Pero en el punto crucial de la coordinación de los dos tipos de dominación (y el enfatizado correlato de la "hegemonía exclusiva" burguesa), su pensamiento se fue desplazando hacia postulaciones que la impugnaban. Lo que en un comienzo pareció coyuntural o transitorio, a medida que emergía con recurrencia, como rasgo histórico firme y articulado, obligó a reformular la generali-



zación inicial, sustituyendo sus términos y ampliando retrospectivamente el alcance de la postulación. Una tarea aún por realizar es remontar la mirada desde el modelo puro hasta la concepción materialista de la historia para examinar su forma de integración, la peculiaridad de su articulación interna y -con el ejemplo a la vista de la problemática vinculación de la dominación social burguesa y la dominación política de la misma clase- la validación del modo en que ensambla transiciones lógico-típicas y evoluciones histórico-empíricas.

## NOTAS

(1) De la considerable bibliografía sobre el "revisionismo", se puede citar, por la amplitud del escenario que abarca el estudio, el libro de Bo Gustafsson *Marxismo y revisionismo. La crítica bersteiniana del marxismo y sus premisas histórico-ideológicas*, Grijalbo, Barcelona, 1975 (orig. sueco: 1969). Asimismo, respecto a la figura de Bernstein, examinada en todas las historias del marxismo (p. ej. en el t. II de la *Storia del marxismo* dirigida por E.J. Hobsbawm y otros: Einaudi, Turín, 1979 y el vol. 1 de la *Storia del marxismo contemporáneo* edit. por la Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, Milán, 1977), se puede indicar el trabajo de Pierre Angel: *Eduard Bernstein et l'évolution du socialisme allemand*, Didier, París, 1961.

(2) No existe un estudio de conjunto sobre esta alteración temprana de la teoría de la ideología de Marx y Engels, pero son jalones significativos de la transición -no homogénea entre sí- la serie de artículos "Problemas del socialismo" (1896-98) de Bernstein (incluida en *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, Siglo XXI, México, 1982), el *¿Qué hacer?* (1902) de Lenin (ed. de Vittorio Strada, Era, México, 1977) y diversas obras de Sorel (p. ej., "La ética del socialismo", 1898, inc. en John L. Stanley ed.: *From Georges Sorel. Essays in Socialism and Philosophy*, Oxford University Press, Nueva York, 1976). En términos globales, el desplazamiento conceptual y la refiguración semántica en el paso de Marx a Lenin no son ignorados por los estudiosos (cf., p. ej., Franco Fergnani: "Il concetto di ideologia nel materialismo storico", en *Rivista di Filosofia*, vol. LVI, Nº 2, Turín, abril-junio 1965), pero la génesis de la nueva acepción (con la concomitante reconstrucción teórica) no ha sido hasta el momento objeto de una investigación puntual.

(3) El tratamiento de la "crisis del marxismo" finisecular está, por lo general, asociado a la temática del revisionismo. Es útil, también desde esta perspectiva, el libro de Gustafsson antes mencionado, pero un abordaje más conceptual puede hallarse en el estudio de Roberto Racinaro *La crisi del marxismo nella revisione di fine secolo*, De Donato, Bari, 1978. Para apreciar los marcos nacionales de la "crisis" en los tres países concernidos -Alemania, Italia y Francia-, se puede consultar, respectivamente: Hans Josef Steinberg: *Il socialismo tedesco da Bebel a Kautsky*, Riuniti, Roma, 1979 (orig. alem.: 1976); Enzo Santarelli: *La revisione del marxismo in Italia. Studi di critica storica*, Feltrinelli, Milán, 1977; Michel Charzat: *Georges Sorel et la révolution au XXe siècle*, Hachette, París, 1977.

(4) Un ejemplo de la ampliación del concepto en los recuentos panorámicos es la compilación de Leopoldo Labedz (*Il revisionismo*, Jaca Book, Milán, 1967; orig. ing.: 1962), que incluye monografías tanto sobre el padre de la corriente como sobre sus contradictores (pero no tematizados como tales) Rosa Luxemburg y Gyorgy Lukács, y no omite a Bogdanov, Deborin, Korsch, etc. Algunos de éstos, por lo demás, forman parte, en otros encuadres, del invertebrado "marxismo occidental", nombre colectivo para un conjunto de iniciativas filosóficas apartadas, asimismo, de las diversas ortodoxias. Cf. Karl E. Klare y Dick Howard: *The Unknown Dimension*, Basic Books, Nueva York, 1972; Perry Anderson: *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Siglo XXI, Madrid, 1979 (orig. ing.: 1976).

(5) El mejor ejemplo de esta completa reinscripción del concepto de ideología en un registro no marxiano, pero interior al pensamiento marxista, es el que suministra Antonio Gramsci en sus escritos de la cárcel (1929-35). Cf., p. ej., de este autor, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1971 (orig. ital.: 1948).

(6) Cf. José Szabón: '*Crisis del marxismo*': pasado y presente, Comunicación en el XII Congreso Interamericano de Filosofía (Sociedad Interamericana de Filosofía y Asociación Filosófica de la República Argentina), Buenos Aires, 26-30 de julio de 1989.

(7) La generalización de este término no debe hacer olvidar la disparidad de sus funciones; a veces indica un rechazo selectivo del marxismo originario y otras, una versión novedosa de su contenido inalterado. No denotan lo mismo la "Rekonstruktion" de Habermas y la "reconstruction" de Cohen (cf. Jürgen Habermas: *La reconstrucción del materialismo histórico*, Taurus, Madrid, 1981 (orig. alem.: 1976); Gerald A. Cohen: *Karl Marx's Theory of History. A Defence*, Clarendon Press, Oxford, 1978, págs. IX-X). Antónimo del vocablo es el neologismo "deconstrucción", proveniente de Derrida y aplicado por Laclau y Mouffe para indicar su empresa disolutoria de las categorías marxistas. Así, al acometer la "deconstrucción de las diversas superficies discursivas del marxismo clásico", el propósito no es recomponer la inspiración general de este último, sino mutar el campo conceptual y situarse de lleno "en un terreno post-marxista". Cf. Ernesto Laclau y Chantal Mouffe: *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*, Verso, Londres, 1985, págs. 3-4.

(8) Así como Dühring es recordado por el *Anti-Dühring* de Engels, el Masaryk crítico del marxismo (y no, obviamente, el político notorio) sobrevive apenas en las páginas acerbas que le consagró Labriola. También fue el filósofo italiano quien observó de inmediato el efecto provocativo de la fórmula (*la fortuna delle parole*), potenciado por su traducción imperfecta: la "crisis en el marxismo" del original alemán se transformó, al pasar al francés, en la "crisis del marxismo". Cf. el apéndice a la 2a. ed. (1902) de "Del materialismo storico. Dilucidazione preliminare", en Antonio Labriola: *Scritti filosofici e politici*, Einaudi, Turín, 1976. Para una recreación de las actitudes ante la "crisis" y, en general, del ambiente en que se produjo la recepción italiana del debate, cf. de Benedetto Croce: "Come nacque e come morì il marxismo teorico in Italia (1895-1900). Da lettere e ricordi personali" (1937), en *Materialismo storico ed economia marxistica*, Laterza, Bari, 1978; también, las *Lettere a Benedetto Croce (1895-1921)* de Sorel, De Donato, Bari, 1980.

(9) Un intento en este sentido fue hecho por Maximilien Rubel cuando consideró, en una fórmula sin atenuantes, que "el marxismo vino al mundo... como un fruto legítimo de la mente de Friedrich Engels". Cf., de Rubel: "La légende de Marx ou: Engels fondateur", en *Economies et sociétés*, t. VI, Nº 12, París, diciembre 1972, pág. 2190.

(10) En 1974, Althusser reconoció su inicial confinamiento de la "ruptura epistemológica" a las dimensiones de "un hecho teórico limitado" y admitió la necesidad de tomar en cuenta las "condiciones sociales, políticas, ideológicas y filosóficas de tal irrupción". Cf. Louis Althusser, *Éléments d'Autocritique*, Hachette, París, 1974, págs. 14 y 39. En cuanto al dispositivo anti-hegeliano y anti-humanista que movilizó el autor para fundamentar su énfasis, entre las diversas réplicas de que fue objeto se puede citar una, contemporánea a la aparición de *Pour Marx* (1965), de Robert Paris: "En deça du marxisme", en *Les Temps Modernes*, año 21, Nº 240, París, mayo 1966.

(11) Ya en 1923 Karl Korsch elaboró una periodización global de la historia de la teoría marxista que atravesaba también la secuencia productiva de Marx y Engels. Cf., de este autor, *Marxisme et philosophie*, Editions de Minuit, París, 1964, págs. 90-103.

(12) Cf. José Szabón: "Supuestos económicos y políticos del modelo marxiano de la sociedad burguesa", en *Cuadernos de economía política*, vol. 3, Nº 5, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Luján, Luján, otoño 1998, págs. 31-60.

(13) Para un tratamiento de la situación alemana desde este punto de vista, cf. José Szabón: "Modelo puro y formación impura. La Alemania del 48 en los escritos de Marx y Engels", en *Cuestiones políticas* Nº 4, Centro de Investigaciones y Estudios Políticos y Administrativos, Facultad de Derecho de la Universidad de Zulia, Maracaibo, Venezuela, 1988, págs. 81-111.

(14) Para 1848 y parte de 1849, se puede seguir la evolución de las expectativas de Marx y Engels en el período democrático que orientaban. Cf. Karl Marx y Friedrich Engels: *La Nouvelle Gazette Rhénane (Die Neue Rheinische Zeitung)*, Editions Sociales, 3 t., París, 1969-72. Véase también, Fernando Claudin: *Marx, Engels y la revolución de 1848*, Siglo XXI, Madrid, 1975; John M. Maguire: *Marx y su teoría de la política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984 (orig. ing.: 1978); Miklós Molnár: *Marx, Engels et la politique internationale*, Gallimard, París, 1975; Roman Rosdolsky: *Friedrich*

*Engels y el problema de los pueblos "sin historia"*, Cuadernos de Pasado y Presente, Nº 88, México, 1980, (orig. alem.: 1964).

(15) Michael Löwy: *The Politics of Combined and Uneven Development. The Theory of Permanent Revolution*, New Left Books, Londres, 1981, cap. 1.

(16) Sobre el modo en que la interpretación del pasado influyó en la evaluación del presente hacia la época del *Manifiesto*, véase el juicio retrospectivo de Engels: "Cuando estalló la revolución de Febrero, todos nosotros nos hallábamos, en lo tocante a nuestra manera de representarnos las condiciones y el curso de los movimientos revolucionarios, bajo la fascinación de la experiencia histórica anterior, particularmente la de Francia. (...) No podía haber para nosotros ninguna duda ... de que [el] combate había de llevarse a término en un solo período revolucionario (...) Pero la historia nos dio... un mentís y reveló como una ilusión nuestro punto de vista de entonces". Cf. Friedrich Engels: "Introducción a la edición de 1895" de K. Marx: "Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850", en C. Marx y F. Engels: *Obras escogidas en tres tomos*, t. I, Progreso, Moscú, 1981, págs. 193-194.

(17) Retiro estimulado por Engels, como se aprecia en una carta suya a Marx de comienzos de 1851, donde la contrapartida al apartamiento de la inútil efervescencia de la emigración alemana en Londres es la exhortación a la producción intelectual. "Hemos aprendido algo y ellos, no... después de lo que hemos visto en los tres últimos años". Así, pues, "por el momento, lo esencial es tener la posibilidad de imprimir nuestras cosas, ya sea en una revista trimestral... o en gruesos volúmenes", piensa Engels, augurando "el día en que tú respondas a [toda la agitación] de los emigrados con tu *Economía*". Carta fechada en Manchester el 13 de febrero de 1851, en Karl Marx, Friedrich Engels: *Correspondance*, Editions Sociales, París, t. II, 1971, pág. 144.

(18) Karl Marx y Friedrich Engels: "Rassegna. Dal maggio all'ottobre [1850]", en apéndice a Karl Marx: *Rivoluzione e reazione in Francia 1848-1850*, Einaudi, Turín, 1976, pág. 339.

(19) Karl Marx y Friedrich Engels: "Rassegna [Gennaio-febbraio 1850]", en K. Marx y F. Engels: *Opere*, Riuniti, t. X, Roma, 1977, pág. 262.

(20) *Idem*, pág. 263.

(21) *Ibidem*.

(22) *Idem*, pág. 264.

(23) *Idem*, págs. 265-266.

(24) K. Marx: "Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850", op. cit., pág. 232.

(25) K. Marx y F. Engels: "Mensaje del comité central a la Liga de los Comunistas. Marzo de 1850", en *Obras escogidas*, op. cit., t. I, pág. 180.

(26) *Idem*, págs. 185 y 189.

(27) Friedrich Engels: "La campagna per la Costituzione in Germania", en K. Marx y F. Engels: *Opere* op. cit., t. X, pág. 238.

(28) K. Marx: "Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850" op. cit., págs. 277-278.

(29) K. Marx y F. Engels: "Rassegna [Marzo-aprile 1850]", en K. Marx y F. Engels: *Opere*, op. cit., t. X, pág. 341; subr. mio (J.S.).

(30) *Ibidem*.

(31) *Idem*, págs. 341-342.

(32) *Idem*, pág. 342.

(33) Friedrich Engels: "La legge inglese delle dieci ore", en K. Marx y F. Engels: *Opere*, op. cit., t. X, pág. 298.

(34) *Idem*, págs. 298-299.

(35) Cf., con la firma de Adam, J. Vidil, Ch. Marx, A. Willich, F. Engels y G. J. Hamey, los "Statuten der Weltgesellschaft der Revolutionären Kommunisten", en la recopilación documental *Der Bund der Kommunisten. Dokumente und Materialien*, Dietz Verlag, Berlín, 1982, t.2, pág. 161.

(36) K. Marx y F. Engels: "Indirizzo del Comitato centrale alla Lega del giugno 1850", en K. Marx y F. Engels: *Opere*, op. cit., t. X, pág. 378.

(37) Cf. David McLellan: *Karl Marx: su vida y sus ideas*, Crítica/Grijalbo, Barcelona, 1977 (orig. ing.: 1973), pág. 278.

(38) No se conserva la carta a Röser, sino el testimonio de este último sobre su contenido, según el

cual "Marx deseaba la formación paulatina de un estado de consciencia colectiva que posibilitara la introducción del comunismo". Cf. Hans Magnus Enzensberger: *Conversaciones con Marx y Engels*, Anagrama, Barcelona, 1974 (orig. alem.: 1973), t. I, pág. 131. En su biografía de Marx, Nicolaievsky se ocupa de dicho testimonio en los términos siguientes: "Röser recordaba los detalles de esa carta cuatro años después [y] decía que Marx había demostrado, en [sus] conferencias, que no se podría llegar al comunismo antes de muchos años, que el mismo aún debía atravesar varias fases y sólo llegaría a imponerse mediante la educación y un desarrollo progresivo". Cf. Boris Nicolaievsky y Otto Maenchen-Helfen: *Karl Marx. Man and Fighter*, Penguin, Hamondsworth, 1976 [1a. ed. alem.: 1933], pág. 230; véase también el Apéndice III.

(39) K. Marx y F. Engels: "Recensionen", II: "Les conspirateurs", par A. Chenu.... Paris, 1850...", en K. Marx y F. Engels: *Opere*, op. cit., t. X, pág. 319. El texto apareció en la *Neue Rheinische Zeitung*, fascículo IV, abril 1850.

(40) "Seduta del Comitato centrale della Lega dei comunisti del 15 settembre 1850", en K. Marx y F. Engels: *Opere*, op. cit., t. X, pág. 627.

(41) *Idem*, pág. 629.

(42) K. Marx y F. Engels: "Rassegna. Dal maggio all'ottobre [1850]" op. cit., págs. 381-383.

(43) Carta de Marx y Engels a Adam, Barthélemy y Vidil (Londres, 9 de octubre de 1850), en Marx, Engels: *Correspondance*, op. cit., t. II, pág. 83.

(44) Carta de Marx a Engels del 7 de enero de 1851. En *Correspondance*, op. cit., t. II, págs. 108-111.

(45) Carta de Marx a Engels del 2 de abril de 1851. En *Correspondance*, op. cit., t. II, págs. 182-183.

(46) Cf. nota 17.

(47) Karl Marx: "Speech at the Anniversary of the People's Paper" (1856), en K. Marx: *Surveys from Exile. Political Writings* (ed. de David Fernbach), Penguin Books, Londres, 1977, vol. 2, pág. 299.

(48) K. Marx y F. Engels: "Rassegna. Dal maggio all'ottobre [1850]", op. cit., págs. 355-356.

(49) Karl Marx: *El capital. Crítica de la economía política*, Siglo XXI, t. I, vol. 1, Buenos Aires, 1975, pág. 7.

(50) "La crisis comercial actual me ha incitado a consagrarme seriamente a la elaboración de mis elementos fundamentales de economía política [*Grundrisse*]", le escribe Marx a Lasalle el 21 de diciembre de 1857. Dos semanas antes, también le había confiado a Engels: "Trabajo como un loco noches enteras para condensar mis estudios económicos, de modo de tener en claro al menos los lineamientos esenciales [*Grundrisse*] antes del *déluge*" (carta del 8 de diciembre de 1857). Ambas cartas figuran en el t. V (1975) de la *Correspondance*, op. cit., págs. 90-91 y 74-78; los pasajes transcritos, en las págs. 91 y 78, respectivamente. Este movimiento reflexivo, que va de la crisis a su conceptualización mediada, tendrá su *pendant* en la fijación de la crisis como exponente del "movimiento contradictorio de la sociedad capitalista" expuesto por el método dialéctico. Es el momento de la reivindicación de *El capital* ante sus críticos positivistas, en el "Epílogo a la segunda edición" de la obra (1873). Ampliando la réplica, Marx anticipa que "la crisis general... nuevamente se aproxima, y por la universalidad de su escenario y la intensidad de sus efectos, atiborrará de dialéctica" a los escépticos. Cf. *El capital*, op. cit., pág. 20.

(51) K. Marx y F. Engels: "Rassegna. Dal maggio all'ottobre [1850]", op. cit., pág. 356.

(52) Carta de Marx a Domela Nieuwenhuis, del 22 de febrero de 1881. En C. Marx, F. Engels: *Correspondencia*, Cartago, Buenos Aires, 1973, pág. 314.

(53) K. Marx: "Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850", op. cit., pág. 210.

(54) *Idem*, pág. 216.

(55) *Idem*, pág. 240.

(56) K. Marx: "El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte", en C. Marx y F. Engels: *Obras escogidas*, op. cit., t. I, pág. 447.

(57) "La división del trabajo... se manifiesta también en el seno de la clase dominante... de tal modo que una parte de esta clase se revela como la que da sus pensadores (los ideólogos conceptivos activos de dicha clase...)". Cf. C. Marx y F. Engels: *La ideología alemana*, Pueblos Unidos, Montevideo, 1968, pág. 51.

(58) K. Marx y F. Engels: "Mensaje del comité central a la Liga de los comunistas", op. cit., pág. 181.

(59) F. Engels: "Prefacio a la segunda edición (1870) de *La guerra campesina en Alemania*", en C. Marx

y F. Engels: *Obras escogidas*, op. cit., t. II, pág. 169.

(60) *Ibidem*.

(61) K. Marx: "The British Constitution" (1855), en K. Marx y F. Engels: *Articles on Britain*, Progress Publishers, Moscú, 1975, pág. 220.

(62) F. Engels: "Prólogo a la edición inglesa de 1892 de *Del socialismo utópico al socialismo científico*", en C. Marx y F. Engels: *Obras escogidas*, op. cit., t. III, pág. 116.

(63) *Idem*, pág. 115.

(64) F. Engels: "Prefacio a la segunda edición (1870) de *La guerra campesina en Alemania*", op. cit., pág. 171.

(65) *Idem*, págs. 171-172.

(66) *Idem*, pág. 172.

(67) F. Engels: "Prólogo a la edición inglesa de 1892 de *Del socialismo utópico al socialismo científico*", op. cit., pág. 115.